

Frente a la casa de Galilei en Florencia. Sale Galilei y mira calle abajo. Pasan dos monjas.

GALILEI (les habla): ¿Pueden ustedes decirme, hermanas, dónde venden leche? Esta mañana no ha venido la lechera y mi ama ha salido.

UNA MONJA: Sólo están abiertas las tiendas de los bajos.

LA OTRA MONJA: ¿Viene usted de ahí? (Galilei asiente.) ¡Ésa es la calleja! (Las dos monjas se persignan, murmuran la salutación angélica y desaparecen rápidamente. Aparece un hombre.)

GALILEI (le habla): ¿No es usted acaso el panadero que siempre nos trae el pan blanco? (El hombre asiente.) ¿No ha visto a mi ama de llaves? Debe haberse marchado ayer al anoecer y desde hoy temprano noto su falta. (El hombre niega con la cabeza. Una ventana de enfrente se abre y aparece una mujer.)

LA MUJER (gritando): ¡Márchese de aquí que éstos tienen la peste! (El hombre huye asustado.)

GALILEI: ¿Sabe usted algo de mi ama de llaves?

LA MUJER: Su ama cayó allá, calle arriba. Lo debe haber presentado, por eso se fue. ¡Qué falta de consideración! (Cierra la ventana de un golpe. Unos niños vienen bajando la calle y al ver a Galilei huyen con grandes gritos. Éste se da vuelta y ve venir corriendo a dos soldados, con armadura completa.)

LOS SOLDADOS: ¡Métete en seguida en tu casa! (Con sus largas picas empujan a Galilei adentro de su casa y cierran tras él el portón.)

GALILEI (en la ventana): ¿Pueden decirme qué es lo que ha sucedido con la mujer?

LOS SOLDADOS: A todos los llevan al campo.

LA MUJER (aparece de nuevo en la ventana): Toda esta calleja allí atrás está contaminada. ¿Por qué no la cierran? (Los soldados colocan una cuerda a través de la calle.)

LA MUJER: No, así no, ¿no ven que ahora no podrá entrar nadie en nuestra casa? Aquí no es necesario que cierren. ¡Aquí estamos todos sanos! ¿No oyen lo que estoy diciendo? Mi esposo está en la ciudad y así no podrá entrar. ¡Bestias! ¡Bestias! (Se oyen sus gritos y llantos desde adentro. Los soldados se van. En otra ventana aparece una vieja.)

GALILEI: Allá atrás se está quemando algo.

LA VIEJA MUJER: Ya no apagan más si hay sospecha de peste. Sólo se piensa en la peste.

GALILEI: Qué típico de ellos es esto. Así es todo su sistema de gobierno. Nos derriban como si fuésemos la rama enferma de una higuera. Porque ya no puede dar frutos.

LA VIEJA MUJER: No debe decir eso. Más no pueden hacer.

GALILEI: ¿Está usted sola?

LA VIEJA MUJER: Sí, mi hijo me mandó una nota. Gracias a Dios supo ayer que uno había muerto allí atrás y no volvió a casa. Once son los casos que se produjeron durante la noche en esta parte de la ciudad.

GALILEI: Me reprocho no haber mandado afuera a tiempo a mi ama. Yo debía hacer un trabajo urgente, pero ella no tenía razón de quedarse.

LA VIEJA MUJER: Tampoco nosotros podemos irnos. ¿Quién nos tomaría? No debe usted hacerse reproches. Yo la vi, se marchó hoy, a eso de las siete. Estaría enferma, porque en el momento en que me vio salir para buscar el pan, hizo un rodeo para no encontrarse conmigo. Tal vez no quería que clausuraran su casa. Pero ellos siempre lo llegan a saber todo. (Se comienza a oír ruido de matracas.)

GALILEI: ¿Qué es eso?

LA VIEJA MUJER: Tratan de disipar con ruidos las nubes que traen la peste. (Galilei ríe a carcajadas.) ¡Parece que a usted todavía le quedan ganas de reír! (Un hombre viene bajando la calle y la encuentra cerrada por la cuerda.)

GALILEI: ¡Eh, usted, ahí! Esto está cerrado y en la casa no hay nada para comer. *(El hombre huye sin escuchar.)* ¡Es que no pueden dejarnos morir de hambre! ¡Eh, eh!

LA VIEJA MUJER: Tal vez nos traigan algo. En último caso le colocaré un cántaro con leche delante de su puerta, pero sólo durante la noche, si usted no tiene miedo.

GALILEI: ¡Eh, eh, pero tienen que oírnos! *(De improviso aparece Andrea junto a la cuerda. Trae una cara llorosa.)* ¡Andrea! ¿Cómo es que estás aquí?

ANDREA: Ya estuve esta mañana. Llamé a la puerta pero usted no abrió. La gente me dijo que...

GALILEI: ¿Pero acaso no partiste?

ANDREA: Claro que sí, pero en el viaje pude saltar del coche. Virginia siguió. ¿No puedo entrar?

GALILEI: No, no puedes. Debes ir al convento de las ursulinas. Tal vez tu madre esté allá.

ANDREA: Ahí estuve. pero no me dejaron pasar. Está tan enferma...

GALILEI: ¿Y has caminado mucho? Ya van tres días desde que partiste.

ANDREA: Sí, y necesité todo este tiempo. Una vez me cazaron.

GALILEI *(impotente)*: No llores más. ¿Sabes? Durante este tiempo he encontrado muchas cosas nuevas. ¿Quieres que te cuente? *(Andrea asiente, sollozando.)* Atiende bien, si no no comprenderás. ¿Te acuerdas cuando te mostré el planeta Venus? No hagas caso de ese ruido, no es nada. ¿Te acuerdas? ¿A que no adivinas lo que he visto? ¡Es como la luna! Lo vi igual que a la luna, como una semiesfera y como una hoz. ¿Qué me dices? Te puedo mostrar todo con una pequeña esfera y una luz. Eso te demuestra que tampoco ese planeta tiene luz propia. Y da vueltas alrededor del sol en una simple circunferencia. ¿No es maravilloso?

ANDREA *(sollozando)*: Seguro, y es un hecho real.

GALILEI *(por lo bajo)*: Yo no la retuve. *(Andrea calla.)* Claro-está, si yo no me hubiera quedado esto no habría ocurrido.

ANDREA: ¿Le creerán ellos ahora?

GALILEI: Tengo todas las pruebas reunidas. ¿Sabes? Cuando aquí termine esto me iré a Roma y se las mostraré. *(Dos encapuchados con largos palos y cubos van bajando la calle. Con los palos alcanzan pan a Galilei y a la vieja mujer.)*

LA VIEJA MUJER: Allá enfrente hay una mujer con tres pequeños. Alcáncenle algo también.

GALILEI: No tengo nada que beber. En la casa no hay agua. *(Los encapuchados se encogen de hombros.)* ¿Pasarán por aquí mañana?

UN HOMBRE *(con voz apagada por el paño que le tapa la boca)*: ¿Quién sabe hoy lo que puede ocurrir mañana?

GALILEI: Si pasan por aquí, ¿podrían alcanzarme un pequeño libro que necesito para mis estudios?

EL OTRO HOMBRE *(ríe sordamente)*: ¡Como si hoy importara un libro! Conténtate con recibir pan.

GALILEI: Pero el muchacho ese, mi alumno, estará aquí y les alcanzará el libro para mí. Andrea, es el mapa con el período de revolución de Mercurio que he extraviado. ¿Puedes procurármelo en la escuela? *(Los hombres han seguido entretanto su camino.)*

ANDREA: Seguro, yo se lo traeré, señor Galilei. *(Se va. Galilei se retira. De enfrente sale la vieja mujer y coloca un cántaro en la puerta de la casa de aquél.)*

1616: EL COLEGIO ROMANO, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DEL VATICANO, CONFIRMA LOS DESCUBRIMIENTOS DE GALILEI.

Sala del Colegio Romano en Roma. Es de noche. Altos representantes eclesiásticos, monjes y eruditos forman grupos. Hacia un costado, solo, Galilei. Reina un desenfrenado alborozo. Antes de que la escena comience, se oyen estruendosas carcajadas.

UN PRELADO GORDO (*sosteniéndose la barriga de risa*): ¡Oh, necedad de necedades! Yo quisiera que me señalaran una sola frase que no pueda ser creída.

UN ERUDITO: Por ejemplo, que usted sufre de una insuperable repugnancia contra las comidas, Monseñor.

UN PRELADO GORDO: También lo creen, también lo creen. Sólo lo razonable no es creído. Que hay un diablo, eso sí que lo dudan. Pero que la Tierra da vueltas como una bolilla en el sumidero, eso sí que lo creen. ¡Sancta simplicitas!

UN MONJE (*en chanza*): ¡Me mareo, me mareo! ¡Se mueve demasiado rápido! Permítame que me apoye en usted, profesor. (*Hace como si trastabillara y se apoya en un erudito.*)

EL ERUDITO (*imitándolo*): Sí, la vieja Tierra se ha emborrachado de nuevo. (*Se apoya en otro.*)

EL MONJE: ¡Alto, alto! ¡Que nos caemos! ¡Alto!

UN SEGUNDO ERUDITO: Venus está ya completamente torcida. Ahora le alcanzo a ver sólo la mitad del trasero. ¡Socorro! (*Se forma una masa compacta de monjes que, entre risotadas, hacen como si se defendieran de caer al mar desde un navío en medio de la tormenta.*)

UN SEGUNDO MONJE: ¡Por lo menos que no caigamos en la Luna! Hermanos: ahí parece que existen montañas con puntas muy afiladas.

EL PRIMER ERUDITO: Apóyate en ellas con el pie.

EL PRIMER MONJE: ¡Y no mires para abajo! ¡Ay, que sufro de vértigos! ¡Me siento en una falsa postura!

EL PRELADO GORDO (*intencionadamente, en dirección a Galilei*): ¡Imposible! ¡Imposturas en el Colegio Romano! (*Grandes risotadas. Por una puerta trasera entran dos astrónomos del Colegio. Se hace silencio.*)

UN MONJE: ¿Todavía seguís investigando? ¡Esto es un escándalo!

UN ASTRÓNOMO (*colérico*): ¡Nosotros no investigamos nada!

EL OTRO ASTRÓNOMO: ¿Adónde iremos a parar? ¡No comprendo a Clavius! ¡Si todo lo que se ha dicho en los últimos cincuenta años se fuera a tomar como cierto! En 1572 comienza a brillar una nueva estrella en la esfera más alta, en la octava, la esfera de las estrellas fijas. Esa estrella, que era más grande y brillante que sus vecinas, desaparece antes de cumplir el año y medio y es relegada al olvido. ¿Y por eso tenemos acaso que preguntarnos qué pasa con la vida eterna y la inmutabilidad del cielo?

EL FILÓSOFO: Si se lo permitiéramos, todavía nos destruirían todo el firmamento.

EL PRIMER ASTRÓNOMO: Sí, ¿a dónde vamos? Cinco años más tarde el danés Tycho Brahe fija la trayectoria de un cometa. El camino comenzaba arriba de la Luna y atravesaba, uno tras otro, los anillos de las esferas, los apoyos materiales de los astros movibles. El cometa no encuentra ninguna resistencia, su luz no experimenta ninguna desviación. ¿Debemos acaso preguntarnos por eso qué se ha hecho de las esferas?

EL FILÓSOFO: ¡No, no puede ser! ¿Cómo puede Cristóforo Clavius, el más grande astrónomo de Italia y de la Iglesia, atreverse a investigar una cosa así?

EL PRELADO GORDO: ¡Es un escándalo!

EL PRIMER ASTRÓNOMO: Sí, pero él investiga. Está sentado allí dentro y sigue mirando embobado por ese tubo del diablo.

EL SEGUNDO ASTRÓNOMO: ¡Principiis obsta! Todo comenzó cuando empezamos a calcular la duración del año solar, las fechas de los eclipses de sol y de luna, las posiciones de los astros en años y días según las tablas de Copérnico, que es un hereje.

UN MONJE: Yo me pregunto: ¿qué es mejor, presenciar un eclipse de luna tres días más tarde que lo indicado por el calendario o no alcanzar nunca la bienaventuranza eterna?

UN MONJE MUY DELGADO (*se adelanta con una Biblia abierta en la mano y señala fanáticamente un fragmento con el dedo*): ¿Qué es lo que dicen las Sagradas Escrituras?: "Sol, no te muevas de encima de Gabaón, ni tú, Luna, de encima del valle de Ayalón." ¿Cómo puede detenerse el Sol si no se mueve en absoluto, como sostienen esos herejes? ¿Mienten acaso las Sagradas Escrituras?

EL SEGUNDO ASTRÓNOMO: Hay apariciones que a nosotros, los astrónomos, nos provocan dificultades, ¿pero acaso es necesario que el hombre comprenda todo? (*Los dos astrónomos se retiran.*)

EL MONJE: ¡La patria del género humano convertida en una estrella errante! Al hombre, el animal, la planta y todo el resto de la naturaleza los meten en un carró y al carro lo hacen dar vueltas en un cielo vacío. Para ellos no hay más ni cielo ni Tierra. La Tierra no existe porque sólo es un astro del cielo y tampoco el cielo, porque está formado por muchas tierras. No hay más diferencia entre arriba y abajo, entre lo eterno y lo perecedero. ¡Que nosotros nos extinguimos ya lo sabemos, que también el cielo se extingue nos lo dicen ahora éstos! El Sol, la Luna, las estrellas son astrós y nosotros vivimos sobre la Tierra. Así se dijo siempre y así estaba escrito. Pero ahora la Tierra es también una estrella, según ése. ¡Sólo hay estrellas! Llegará el día en que éstos dirán: tampoco hay hombres ni animales, el hombre mismo es un animal, sólo hay animales.

EL PRIMER ERUDITO (*a Galilei*): Ahí abajo se le ha caído algo. GALILEI (*que entretanto había sacado una piedrecilla del bolsillo, jugando con ella y dejándola caer. Mientras se agacha para recogerla*): Arriba, Monseñor, se me ha caído hacia arriba.

EL PRELADO GORDO (*dándole la espalda*): ¡Desvergonzado! (*Entra un Cardenal muy viejo apoyándose en un monje. Se le hace lugar con mucho respeto.*)

EL CARDENAL MUY VIEJO: ¿Están todavía adentro? ¿No pueden terminar más rápido con esas nimiedades? ¡Ese Clavius podría entender un poco más de astronomía! He oído que ese señor Galilei trasplanta al hombre desde el centro del orbe a un borde cualquiera. Por consiguiente y sin ninguna duda es un enemigo de la naturaleza humana y como tal debe ser tratado. El hombre es la corona de la creación, eso lo sabe cualquier niño. La criatura más sublime y bienamada del Señor. ¿Cómo puede colocar él esa maravilla, ese magnífico esfuerzo en un asteroide minúsculo, apartado y que dispara continuamente? ¿Acaso él mismo mandaría a su propio hijo así, a un lugar cualquiera? ¿Cómo puede existir gente tan perversa que tenga fe en estos esclavos de sus tablas numéricas? ¿Qué criatura del Señor puede tolerar una cosa semejante?

EL PRELADO GORDO (*a media voz*): El señor está aquí presente.

EL CARDENAL MUY VIEJO (*a Galilei*): ¿Así que es usted? Pues mire, yo ya no veo muy bien, pero sí puedo decirle que usted se parece muchísimo a esa persona que condenamos en su tiempo a la hoguera. ¿Cómo se llamaba?

EL MONJE: Vuestra Eminencia no debe alterarse, el médico...

EL CARDENAL MUY VIEJO (*rechazándolo, a Galilei*): Usted quiere degradar a la Tierra, a pesar de que vive sobre ella y que de ella todo lo recibe. ¡Usted ensucia su propio nido! ¡Ah, pero no lo consentiré! (*Deja a un lado al monje y comienza a pasearse con orgullo.*) Yo no soy un ser cualquiera que habita un astro cualquiera que da vueltas por algún tiempo. Yo camino sobre la tierra firme, con pasos seguros. Ella está inmóvil, ella es el centro del Todo y yo estoy en su centro y el ojo del Creador reposa en mí, y solamente en mí. Alrededor de mí giran, sujetas en ocho esferas de cristal, las estrellas fijas y el poderoso Sol que ha sido creado para iluminar lo que me rodea. Y también a mí, para que Dios me vea. Así viene a parar todo sobre mí, visible e irrefutable, sobre el hom-

bre, el esfuerzo divino, la criatura única, la viva imagen de Dios, imperecedera y... (Se desploma.)

EL MONJE: ¡Vuestra Eminencia se ha excedido con sus fuerzas! (En ese momento se abre la puerta trasera y, a la cabeza de sus astrónomos, entra el gran Clavius. Atraviesa la sala en silencio con ligero paso, sin mirar a sus costados. Casi al salir habla a un monje.)

CLAVIUS: Es exacto. (Sale seguido por los astrónomos. La puerta trasera queda abierta. Silencio sepulcral. El Cardenal muy viejo vuelve en sí.)

EL CARDENAL MUY VIEJO: ¿Qué sucede? ¿Se ha dictado el veredicto? (Nadie se atreve a decírselo.)

EL MONJE: Vuestra Eminencia deberá ser transportado a casa. (Ayudan a marcharse al viejo Cardenal. Todos abandonan estupefactos la sala. Un pequeño monje de la comisión examinadora presidida por Clavius se detiene frente a Galilei.)

EL PEQUEÑO MONJE (disimulado): El padre Clavius dijo antes de marcharse: "Ahora tienen que arreglárselas los teólogos para componer el cielo." Usted ha vencido. (Se va.)

GALILEI (trata de detenerlo): ¡Ea, yo no, la razón! (El pequeño monje ya se ha marchado. Galilei también se va. Al cruzar la puerta se encuentra con un clérigo de gran estatura: el Cardenal Inquisidor. Un astrónomo lo acompaña. Galilei hace una reverencia, y antes de irse pregunta algo en voz baja al portero.)

PORTERO (también en voz baja): Su Eminencia, el Cardenal Inquisidor. (El astrónomo acompaña al Cardenal Inquisidor hasta el antepecho.)

PERO LA INQUISICIÓN PONE LA TEORÍA DE COPÉRNICO EN EL INDEX. (5 DE MARZO DE 1616.)

Casa del Cardenal Belarmino, en Roma. Se realiza un baile. En el vestíbulo, donde dos secretarios eclesiásticos juegan al ajedrez y toman notas sobre los invitados, es recibido Galilei con aplausos por un grupo de damas y señores con antifaces. Galilei llega en compañía de su hija Virginia y de Ludovico Marsili, prometido de ésta.

VIRGINIA: Sólo bailaré contigo, Ludovico.

LUDOVICO: El broche de tu hombro se ha soltado.

GALILEI:

"Ese tul que cubre tu pecho, Thays, no lo ordenes. Pues su desorden revela la dulce emoción que advierto en ti.

A la luz de las velas pensemos más bien en los oscuros lugares del viejo jardín."

GALILEI (posa su mano sobre el corazón de Virginia): Sí, late.

VIRGINIA: Hoy quisiera ser hermosa.

GALILEI: Y debes parecerlo, si no todos comenzarán a dudar que ella se mueve.

LUDOVICO: No es cierto que se mueve. (Galilei ríe.) Roma habla sólo de usted. Pero desde este baile se hablará de su hija.

GALILEI: Por ahí dicen que es fácil ser hermoso en la primavera romana. Yo mismo debo parecer un Adonis barrigudo. (A los secretarios.) Esperaré aquí al señor Cardenal. (A los novios.) ¡A divertirse! (Antes de dirigirse al baile, Virginia vuelve corriendo.)

VIRGINIA: Padre, el peluquero de la Via del Trionfo me hizo pasar primero a pesar de que había cuatro damas antes que yo. En seguida reconoció tu nombre. *(Se va.)*

GALILEI *(a los secretarios que juegan ajedrez)*: ¿Cómo pueden todavía seguir jugando al viejo ajedrez? Muy limitado es eso, muy limitado. Ahora se juega de manera que las piezas mayores puedan moverse en todas las casillas. La torre así *(les muestra)* y el alfil así, y la dama así y también así. Ahora se tiene espacio y se pueden hacer planes.

UN ESCRIBIENTE: Eso no corresponde a nuestros sueldos bajos, ¿entiende? Nosotros sólo podemos hacer pequeñas jugadas.

GALILEI: Al contrario, amigo, al contrario. Al que vive en coche le pagan las mejores botas. Señores, hay que marchar con el tiempo, no siempre a lo largo de las costas; alguna vez se tiene que salir a mar abierto. *(El Cardenal muy viejo de la pasada escena atraviesa el escenario guiado por un monje. Distingue a Galilei, pasa frente a él y luego se vuelve, inseguro, y lo saluda. Galilei se sienta. Desde el salón de baile se oye, cantado por niños, el comienzo de la famosa poesía de Lorenzo de Médici sobre la caducidad de las cosas humanas.)*

GALILEI: Roma. ¿Una gran fiesta, eh?

SECRETARIO: El primer carnaval después de los años de peste. Todas las grandes familias de Italia están representadas aquí esta noche. Los Orsini, Villani, Nuccoli, Soldanieri, Cane, Lecchi, Estensi, Colombini...

EL SEGUNDO SECRETARIO *(interrumpe)*: Sus Eminencias, los Cardenales Belarmino y Barberini. *(Entran el Cardenal Belarmino y el Cardenal Barberini cubriendo sus caras con las máscaras de un cordero y una paloma unidas a sendos mangos.)*

BARBERINI *(señalando con el índice a Galilei)*: "Nace el sol y se pone, y vuelve a su lugar", dice Salomón, ¿y qué dice Galilei?

GALILEI: Cuando era un pilleto de quince años, Vuestra Eminencia, hallándome a bordo de un barco comencé a gritar: la costa se mueve, la costa se aleja. Hoy sé que la costa estaba firme y era el barco el que se movía y se alejaba.

BARBERINI: Muy astuto, muy astuto. Lo que vemos, Belarmi-

no, es decir, que los astros se mueven, no necesita ser verdad, ahí tienes el ejemplo del barco y la costa. Pero lo que sí es verdad, es decir, que la Tierra se mueve, eso no lo podemos ver. Muy astuto. Pero sus lunas de Júpiter son un hueso duro para nuestros astrónomos. Lo malo es, Belarmino, que yo también leí una vez algo de astronomía. Y eso se le pega a uno como la sarna.

BELARMINO: Marchemos al compás del tiempo. Si hay nuevos planisferios celestes basados en nuevas hipótesis que facilitan la navegación a nuestros marinos, pues bien, que los utilicen. Nosotros desaprobamos sólo las teorías que contradicen las Escrituras. *(Hace señas saludando hacia el salón de baile.)*

GALILEI: Las Escrituras: "Quien esconde los granos será maldecido por los pueblos." Proverbio de Salomón.

BARBERINI: "Los sabios ocultan su saber." Proverbio de Salomón.

GALILEI: "Donde faltan los bueyes para arar están vacías las trojes y sin paja los pesebres; donde abundan las mieses allí se ve claramente la fuerza y el trabajo del buey."

BARBERINI: "Quien domina sus pasiones, mejor es que un conquistador de ciudades."

GALILEI: "Reseca los huesos la tristeza de espíritu." *(Pausa.)*
"¿Acaso no clama la verdad en voz alta?"

BARBERINI: "¿Puede un hombre andar sobre las ascuas, sin quemarse las plantas de los pies?" Bienvenido a Roma, amigo Galilei. ¿Sabe usted algo del origen de esta ciudad? Dos rapaces, así cuenta la leyenda, recibieron leche y abrigo de una loba. A partir de ese momento, todos los niños deben pagar su leche a la loba. Pero el lugar no es malo. La loba procura toda clase de placeres, tanto celestiales como terrenales. Desde conversar con mi sabio amigo Belarmino hasta admirar a tres o cuatro damas de fama internacional. ¿Me permite señalárselas? *(Lleva a Galilei hacia atrás para mostrarle la sala de baile. Galilei lo sigue de mala gana.)* ¿No? Él insiste en una conversación seria. Bien. ¿Está seguro, amigo Galilei, que ustedes los astrónomos no quieren hacer la astronomía un poco más cómoda? *(Lo guía de nuevo hacia adelante.)* Ustedes puen-

san en círculos o elipses y en velocidades proporcionadas, es decir, en movimientos simples adecuados a sus cerebros. ¿Qué pasaría si a Dios se le hubiese ocurrido dar este movimiento a sus astros? (*Dibuja en el aire, con el dedo, una trayectoria muy complicada con velocidades irregulares.*) ¿Qué sería entonces de sus cálculos?

GALILEI: Amigo mío, si Dios hubiese construido un mundo así (*repite la trayectoria de Barberini*) entonces habría construido nuestros cerebros así (*repite la misma trayectoria*), de modo que reconocerían inmediatamente a esos movimientos como si fueran los más simples. Yo creo en la razón.

BARBERINI: La razón me parece insuficiente. Él se calla: es muy cortés para responder ahora que considera insuficiente mi razón. (*Ríe y regresa a la balaustrada.*)

BELARMINO: Con la razón, mi estimado Galilei, no se llega a muchos lados. Alrededor de nosotros sólo vemos equívocos, crímenes y debilidades. ¿Dónde está la verdad?

GALILEI (*furioso*): Yo creo en la razón.

BELARMINO: Piense usted un poco las fatigas y meditaciones que han costado a los Santos Padres y a tantos otros después de ellos el dar un poco de sentido al mundo. ¿Y no es éste, acaso, aborrecible? Piense usted en la barbarie de aquellos que mandan azotar a los labradores semidesnudos en sus propiedades de la Campania. Y piense usted en la estupidez de esos míseros que en agradecimiento les besan los pies.

GALILEI: Es una infamia, en mi viaje vi cómo...

BELARMINO: Por eso nosotros imputamos a un ser más superior la responsabilidad por esos hechos que constituyen al fin la vida, y que nosotros no podemos comprender. Por eso decimos que ese ser superior persigue ciertas intenciones y que todo se desarrolla según un plan premeditado. Eso no quiere decir que caigamos en un absoluto conformismo. Pero es que usted acusa ahora a ese ser superior de no ver claro el movimiento del Universo, algo que usted sí ve claro. ¿Es sabio pensar así?

GALILEI (*preparado para dar una explicación*): Yo soy un crédulo hijo de la Iglesia...

BARBERINI: Con él ocurre algo espantoso. Quiere, con toda inocencia, demostrar a Dios que ha cometido los errores más gruesos en astronomía, como si Él no hubiese estudiado suficientemente esa materia antes de escribir la Sagrada Biblia. ¡Mi querido amigo! (*A los escribientes.*) No tomen notas de esto, es sólo una conversación científica entre amigos.

BELARMINO: ¿No le parece a usted también que el Creador tiene que saber más que su criatura acerca de lo creado?

GALILEI: Pero, señores míos, al fin y al cabo el hombre no sólo puede interpretar mal el movimiento de los astros, sino que también puede interpretar mal la Biblia.

BELARMINO: La interpretación de la Biblia incumbe solamente a los teólogos de la Santa Iglesia, ¿no es cierto? (*Galilei calla.*) Ahí tiene, ahora calla usted. (*Hace una seña a los escribientes.*) Señor Galilei, el Santo Oficio ha decidido anoche que la teoría de Copérnico, por la cual el Sol sería el centro del Universo y se hallaría inmóvil, y la Tierra, en cambio, no conformaría ese centro y estaría en movimiento, es disparatada, absurda y hereje en la fe. He recibido la misión de prevenirle a usted para que abandone esas opiniones. (*Al secretario.*) Repita eso.

SECRETARIO: Su Eminencia, el Cardenal Belarmino, al señor Galilei: "El Santo Oficio ha decidido anoche que la teoría de Copérnico, por la cual el Sol sería el centro del Universo y se hallaría inmóvil, y la Tierra, en cambio, no conformaría ese centro y estaría en movimiento, es disparatada, absurda y hereje en la fe. He recibido la misión de prevenirle a usted para que abandone esas opiniones."

GALILEI: ¿Qué significa esto? (*De la sala se oye, cantada por los niños, otra estrofa de la poesía citada. Barberini indica a Galilei que guarde silencio mientras se oye el canto. Los tres escuchan atentamente.*) Pero, ¿y la realidad de los hechos? Yo entendía que los astrónomos del Colegio Romano aprobaron mis apuntes.

BELARMINO: ...con las expresiones de la más profunda satisfacción, de la manera más honorífica para usted.

GALILEI: Sí, pero...